

La paradoja de las manos sucias

Shoschana Zusman

Uno de los problemas que más preocupa a la ética política, es la paradoja consistente en que un acto de gobierno puede ser correcto en términos utilitarios, aunque es incorrecto en términos morales. Dicha paradoja - llamada la paradoja de las manos sucias - no es en lo absoluto nueva y ha sido formulada, desde Maquiavelo, a través de máximas tales como "el fin justifica los medios", "si el acto acusa, el resultado excusa" o " el bien del Estado requiere de algo parecido al vicio, mientras que algo parecido a la virtud puede ser su ruina".

Para resolver tal paradoja, una corriente de pensamiento pone el acento en el aspecto moral, mientras que otra enfatiza la finalidad del acto. La primera sostiene que para llegar a fines buenos, no hay por qué utilizar medios inmorales, aunque acepta que a veces es necesaria cierta dosis de inmoralidad, considerándose legítimo que el político se defienda con corrupción frente a quienes la han utilizado previamente. Eso significa que, al amparo de la figura de la legítima defensa, si bien existe obligación de respetar a los demás, es necesario defenderse de quienes no respetan nuestros derechos. En el otro extremo, la corriente que pone el énfasis en la finalidad del acto, postula que lo socialmente importante es obtener fines buenos, aunque una dosis de castigo a los funcionarios inmorales puede ser conveniente, no por consideraciones morales sino porque el castigo es una manera adecuada de contribuir a la obtención de tales fines. Ninguna de las posiciones logra sin embargo resolver la paradoja y - cosa curiosa - ambas terminan postulando lo mismo, es decir, la necesidad de un cierto "equilibrio" entre virtud y vicio o entre moralidad e inmoralidad, equilibrio difícil si se tiene en cuenta que las "manos sucias" incluyen la mentira, la corrupción e incluso el asesinato.

Pero la paradoja sí puede ser resuelta y eso ocurre cuando las decisiones políticas que implican "manos sucias", son adoptadas democráticamente, pues se entiende que si todos los ciudadanos han participado en la decisión, el conflicto entre fin y medio se diluye, importando tan sólo que - bueno o malo- todos los ciudadanos han elegido un determinado camino. Es entonces vital entender que la democracia no sólo es el derecho de expresarse o de elegir y ser elegido, sino algo mucho más básico, que la erige en la única medida posible del valor ético y práctico de los actos de los gobernantes. No existe otra fórmula más adecuada de resolver la paradoja y es por eso que la democracia debe ser un ejercicio permanente y continuo, que permita a los ciudadanos compartir con sus gobernantes la responsabilidad de las "manos sucias".

Según lo anterior y más allá del repudio que merecen - per se - ciertos actos del régimen fujimorista, actos de gobierno tales como la lucha contra el terrorismo, la inserción del Perú en el mundo financiero internacional o la abundante obra pública construida, que en mayor o menor grado han implicado "manos sucias" carecen de sustento ético, práctico e incluso jurídico pues, por buenos que hayan sido, fueron realizados en un esquema de control político de las instancias gubernamentales de decisión y de ruptura de los canales democráticos. No se trata entonces, de que lo "bueno" deba continuar, como reza el slogan del candidato fuji-absalonista, pues nada bueno puede haber dejado un régimen cuyas decisiones -beneficiosas o no- fueron tomadas a espaldas de los ciudadanos y, a veces, contrariamente a sus deseos e intereses. Porque si se acepta la validez de las decisiones adoptadas con prescindencia de procedimientos democráticos, habrá que aceptar que también es posible prescindir de dichos procedimientos a efectos de la determinación de qué es lo bueno y qué es lo malo y, entonces, lo que hemos presenciado con horror en los últimos meses será bueno, sólo porque unos pocos han considerado que la captura ilegítima del Estado es un sistema político que beneficia al país.